

LOS DESCUBRIMIENTOS Y LAS CONQUISTAS DE LA HUMANIDAD EN EL CAMPO GEOGRAFICO

Por José MUÑOZ PEREZ

Catedrático del Instituto San Isidoro. Sevilla.

A l igual que otros campos científicos, éste de la Historia de los Descubrimientos Geográficos ha tenido en el transcurso de los últimos quince años una serie de cambios decisivos. Consideramos que ha llegado ya el momento de incorporar algunos de ellos a la misma didáctica escolar y a los manuales destinados a la enseñanza en sus distintos grados. En el presente artículo, escrito con esa intención, nos proponemos trazar sucesivamente: a) un estado actual de la cuestión (criterios tradicionales—que perviven en nuestra didáctica y en la de otros países—y nuevos criterios), y b) el posible reflejo de estos cambios de orientación en la didáctica escolar, deteniéndonos en el estudio de las novedades que deben pasar íntegra o parcialmente a la enseñanza, y razones en que nos apoyamos para efectuar esa discriminación.

1. CRITERIOS TRADICIONALES. Hasta hace pocos años se han mantenido en exclusividad como los únicos actuantes. Aún hoy perviven en gran parte de los estudios especializados. Es lógico, pues, que sigan vigentes en la preparación de los manuales escolares y en la de las clases impartidas. No existe la menor sombra de reproche al anotar su pervivencia en la enseñanza; pervivencia que, en este caso, al revés de lo que puede ocurrir en la didáctica de otras asignaturas y cuestiones, no puede ni siquiera tildarse de anacrónica.

Estos *criterios habituales o tradicionales* pueden reducirse fundamentalmente a tres: a) el criterio *europocéntrico*; b) el criterio *histórico*, y c) el criterio *pragmático*.

a) *El criterio europocéntrico*. Por este criterio entendemos el hecho casi unánime de considerar el proceso descubridor de la Tierra como una obra de Europa. El profesor francés Georges Le Gentil escribía en el párrafo inicial de su *Découverte du Monde* (Presses Universitaires de France, París, 1954): "Por este título de descubrimientos del mundo es preciso entender el descubrimiento de los pueblos menos evolucionados por los pueblos más evolucionados, al que sigue el de las tierras deshabitadas o desérticas. Todo esfuerzo de investigación ha partido de un núcleo de cultura, pero se ha visto desplazarse el centro de la civilización en el curso de los siglos. Es, pues, preciso situarse en el punto de vista europeo, al menos al comienzo" Ese punto de vista puede observarse en los restantes manuales—Kretschmer, Baker, Clozier, Parry, Colamónico, Vivien de Saint-Martin, Parias—, aunque algo matizado en los de reciente data. Observemos ese sesgo tímido—"al menos al comienzo"—del final de la cita transcrita más arriba.

Ese criterio *europocéntrico* se advierte tanto en lo que es estudio del horizonte como en lo que es puro origen y desarrollo de la ciencia geográfica. Baker (pág. 13) escribe a este propósito: "Para asegurar la continuidad del proceso descubridor no hay necesidad de remontarse más allá de los griegos; éstos han hecho más que ningún otro pueblo antiguo en el desarrollo de la ciencia geográfica y han adquirido del mundo un criterio considerable."

Dejamos para más adelante, cuando tratemos del nuevo criterio que comienza abriéndose paso frente al *europocéntrico*, la crítica de las ventajas e inconvenientes que éste nos ofrece hoy.

b) *El criterio histórico*. Muy enlazado con ese criterio *europocéntrico* se halla el que podríamos

denominar *histórico*. Cabe distinguir aquí dos elementos: la estricta y apasionada visión nacionalista y la excesiva primacía—mejor dicho, la exclusividad—de la Historia.

La visión nacionalista, muy típica de toda la historiografía del siglo XIX y que se ha introducido fuertemente en muchos manuales escolares (un ejemplo claro lo tenemos en los franceses, cuyas excepciones en otros ángulos no nos cansaríamos de alabar), ha llevado en países que no son el nuestro a extremos que rozan lo pintoresco. Pero como no nos duelen prendas, entre los varios ejemplos que vamos a poner comenzaremos con un curioso antecedente español. En el siglo XVII un fraile nuestro propuso que fuese objeto de proceso inquisitorial todo el que utilizase el *injusto* nombre de América. No se le hizo caso. Los ejemplos de esta desviación serían incontables. Enumeremos algunos: los trabajos y polémicas que ha despertado la razón o sinrazón del nombre "América"; la inflación sufrida por la figura de Cook, desorbitada al extremo por el catedrático de Historia de los Descubrimientos de la Universidad de Oxford, que ha llegado a rotular la segunda mitad del siglo XVIII como "la edad de Cook"; la incorporación de viajes, como el de Magallanes, Esteban Gómez, Rodríguez Cabrillo, etc.—viajes españoles, sin lugar a dudas—, dentro de las navegaciones portuguesas (Freitas Ribeiro y vizeconde de Lagoa: *Grandes viajes portugueses de descobrimento e expansão*, Lisboa, 1951, 2.ª parte, págs. 267-280); o la extremosidad apasionada de un especialista italiano, Giuseppe Caraci, que llega a hablar de la existencia de una conspiración angloespañola con el objeto de silenciar la contribución italiana al descubrimiento de la Tierra. Mas datas de estas opiniones trasnochadas y decimononas llegan hasta nuestros inmediatos días, señal de la pervivencia de este criterio, uno de los más difíciles de desterrar, porque bajo él se halla el apasionamiento.

De la primacía de la Historia queremos hablar. La mayor parte de los trabajos que se escribieron sobre la especialidad a fines del siglo XIX y comienzos del XX se reducen a estudiar un grupo más o menos coherente o amplio de viajes, siguiendo el hilo de los documentos recogidos. Estos trabajos quedaron centrados en torno a la expedición o expediciones o a la figura elegidas. El esquema habitual viene a ser así: preparativos, incidencias de la navegación, intento de identificación de los lugares recorridos. Lo fundamental ha sido el relato, la narración de la expedición. Si este criterio ha estado en la investigación, ha pasado lógicamente a los manuales más elementales que de ella, en último término, se han ido surtiendo.

c) *El criterio pragmático*.—Hasta ahora, y hasta cierto punto con una gran lógica, el descubrimiento que se considera como tal no es el que significa un conocimiento secreto, celosamente guardado, sino el que supone una incorporación efectiva de ese hallazgo al acervo común. En frecuentes ocasiones muchos descubrimientos han sido, en realidad, redescubrimientos. Tal sucede, por ejemplo, con el caso de las navegaciones prehistóricas y tartessianas, reivindicadas por la ciencia arqueológica y que terminarán integrándose—de hecho ya está sucediendo—en la futura historia de los descubrimientos que se ha de escribir. Otro tanto sucede, por completar esta línea con un ejemplo más, con los estudiosos

de Cook, quienes, basándose en los propios diarios de navegación del marino inglés, han terminado revalorizando y yendo a estudiar directamente las navegaciones españolas en el Pacífico.

Pero de otro aspecto de este criterio pragmático conviene hablar. Es lógico, es humano, que esa historia se explique saltando sobre una serie de empresas afortunadas con nombres rutilantes—Colón, Marco Polo, Cortés, Pizarro, Livingstone, Peary, etcétera—. Pero no diríamos que eso sea exacto. Se trata de una empresa colectiva, donde la espuma fulgurante de los grandes nombres rompe como una ola espejeante sobre un inmenso mar de hombres anónimos que vieron y conocieron paisajes, que fueron ensanchando la Tierra para sus semejantes. Quizá resulte difícil llevar esta idea a las mentes escolares.

2. **NUEVOS CRITERIOS.** Frente a los tres criterios apuntados, y abriéndose paso con lentitud, cabe notar en estos últimos quince años la aparición de otros tres, que vienen a suponer otras tantas tomas de posición frente al triple enfoque anteriormente tratado: a) el criterio universal; b) el criterio historicogeográfico, y c) el criterio real. Estos tres criterios han surgido de una base de ideas que han llevado a una precisión conceptual del hecho "descubrimiento" (en la que no nos parece oportuno entrar); a la consideración del descubrimiento como un proceso (idea que se ha revelado de una extraordinaria fertilidad); a ver, fundamentalmente, en el descubrimiento una ampliación del horizonte geográfico; a intuir, finalmente, en el descubrimiento, por su faceta de actividad humana, una vía de acceso al conocimiento del mismo hombre. De todo ello no ha estado ausente el mismo signo de los últimos tiempos, en que la Europa dominadora de siglos se ha visto literalmente desbordada, y en que las mismas ciencias han enriquecido con complejidades y vertientes sus respectivos contenidos. Como está sucediendo siempre con la Historia, cada nueva época le trae nuevas interrogantes, que el historiador consciente de su oficio se afana en responder. Algunas de estas ideas básicas serán expuestas con la pretensión de apoyar los tres nuevos criterios.

a) *El criterio universal.* Una serie de ventajas científicas y didácticas han abonado la existencia y pervivencia del criterio europeocéntrico, del que me confieso partidario. En primer lugar, el obvio hecho de que corresponde con la realidad, pese a que la presión impalpable de tantos pueblos recién llegados a la Historia quiera desvirtuarlo en este momento de la descolonización. En segundo término, y ya en un terreno didáctico, la línea de claridad expositiva que permite desenmarañar el proceso, siguiendo el hilo europeo.

El inconveniente que ha ofrecido siempre este criterio ha sido el de prescindir o subvalorar hechos decisivos, aun considerados desde el mismo punto de vista europeocéntrico. Varios ejemplos nos aclararán esto: el caso de Vasco de Gama, cuyo piloto árabe tomó a su cargo la etapa final de su viaje, que le llevaría a Calicut; la postergación sistemática del foco naval gaditano de la Antigüedad, sin cuya existencia y experiencias no pueden explicarse los periplos de Hannón e Himilcón (470 a. J. C.); el propio relato que nos ha dejado Cortés de los mapas indígenas que le iban dibujando, conforme se adentraba hacia las Hibueras. Viene a enlazarse este aspecto con el que apuntábamos hace poco, al hablar del criterio pragmático, de cómo esos nombres rutilantes están apoyando sus hazañas sobre un largo, obscuro y previo trabajo de hombres anónimos, que no alcanzaron la cresta de la fortuna. Y, sobre todo, el inconveniente máximo estriba en el hecho de que hasta el último momento de la expansión, cuando ésta se hace en las tierras polares o desérticas, naturalmente deshabitadas, el descubridor y conquistador europeos se encontraron con núcleos de población, de muy diversa densidad y nivel, que, naturalmente, habían descubierto ya su tierra. Si esto es cierto, no lo es menos tampoco que la incorporación de esas tierras y de esas comunidades a una auténtica Historia Universal ha sido obra de Europa.

En esta idea es donde estriba el cambio y donde el criterio europeocéntrico puede hallar su posibilidad de vigencia, aunque, naturalmente, matizado. La futura historia de los descubrimientos geográficos, más que una historia de la expansión europea en el mundo, aspirará a convertirse en una historia del interconocimiento de los pueblos. No es necesario encarecer el valor educativo de esta tendencia cuando tanto se está hablando en nuestros días del papel de la Historia para la comprensión internacional, cuando en las revistas especializadas se nos están dando constantes noticias de reuniones internacionales para la revisión de conceptos vertidos en los manuales de Historia, teniendo en cuenta esa finalidad de acercamiento de las infancias y juventudes de los distintos países, bajo los auspicios de la U. N. E. S. C. O. o del Consejo de Europa.

b) *El criterio historicogeográfico.* Frente a la primacía de la Historia en la composición científica de la enseñanza de esta cuestión se dibuja hoy la adopción de un mayor y complicado engranaje. Si refiriéndose a la investigación el historiador portugués recientemente desaparecido Jaime Cortesao escribía: "Más de una vez... hemos insistido en la opinión de que la historia de los descubrimientos geográficos, forma un capítulo muy aparte en la historia de la humanidad, circunstancia que requiere la utilización de un método propio para su estudio. Creemos que pocos historiadores se han dado cuenta de esta singularidad. Nos esforzaremos, por tanto, en definirla todo lo posible..." (*Los portugueses*, tom. III de la *Historia de América*, de Ballesteros; Barcelona, Salvat, 1947, págs. 497-498), nosotros podemos añadir por nuestra cuenta que, cambiando los términos adecuados, esta opinión puede ser perfectamente válida para la enseñanza del problema.

En pocos tipos de historias—quizá ésta sea un caso singular—se da una coincidencia tan compleja de factores de tan diversa índole: motivaciones económicas, espirituales, de expansión; circunstancias técnicas (náuticas, astronómicas, cartográficas); repercusiones de muy distinta naturaleza (conocimiento de una cuenca, de una meseta; incorporación a la sociedad organizada de nuevas tierras; conocimiento de otras culturas, costumbres; planteo de un esquema previo y rectificación con arreglo a la realidad), etc.

El misionero que va a predicar la fe a tierras ignotas; es, además de misionero, un descubridor (Oderico de Podernone, fray Junípero Serra). El comerciante que trata de ampliar el mercado (Marco Polo), o el conquistador que amplía los límites de su Imperio (Alejandro Magno, Hernán Cortés), contribuyen también a este sucesivo descubrimiento del planeta.

Si siempre Historia y Geografía se hallan ligadas, en ningún lugar hay una más íntima conexión que en éste, porque en este caso lo que se pretende no es otra cosa sino bosquejar y analizar la sucesiva incorporación de sectores más o menos amplios del planeta a esa común tarea humana que es la Historia. Si a eso añadimos la complejidad de motivaciones y de repercusiones, veremos que en pocos capítulos de la historia humana cabe hacer un convergente centro de interés de la naturaleza de éste.

Es por todo esto por lo que, frente al habitual criterio histórico, comienza a dibujarse este otro, que podría denominarse *historicogeográfico*, en el que la idea de *ampliación del espacio* viene a ser su hilo conductor. En esa futura historia de los descubrimientos, que ya se está escribiendo, y que se terminará enseñando, no interesará tal o cual viaje, ni que se rompiera el palo mayor, ni que el lengua indígena (intérprete) se arrojara por la borda sino que lo que interesará saber es el proceso en virtud del cual se descubrió el Atlántico o el mar Caribe o la meseta del Anahuac o el Tibet. Lo que nos interesa, en definitiva, es cómo una mancha blanca en el mapa ha terminado convirtiéndose en unas detalladas hojas de mapa topográfico. Entre esos dos extremos cartográficos ha estado toda una aventura humana, que ha supuesto el esfuerzo de una serie de generaciones.

c) *El criterio real.* Enfocada así la cuestión, el

papel de los grandes nombres queda reducido a un más justo límite. Toda una serie de concausas afluyen entonces a la explicación del proceso. No puede olvidarse el telón de fondo de la Historia General, de la que ésta es tan sólo un aspecto. La explicación gana entonces en riqueza y en claridad; y, naturalmente, en acercamiento a la realidad.

3. **EL REFLEJO POSIBLE DE ESTOS CRITERIOS EN LA DIDÁCTICA.** Nos queda ya tan sólo tratar de esta última cuestión, fundamental dentro del enfoque general asignado a este artículo. Siempre hemos experimentado un sentimiento de temor ante la responsabilidad de los especialistas en Pedagogía y Didáctica; y hemos aquí, en la última fase de este artículo, entrometiéndonos, en un terreno que no es de nuestra especialidad. Sirva de disculpa a este intrusismo nuestra experiencia profesoral.

Se nos antoja—y hablamos de ello, porque en este caso concreto que nos ocupa se da ese hecho—que el principal problema que hoy tienen planteado pedagogos y didactas es el de la *economía de saberes*. En los últimos sesenta años, y en un ritmo progresivamente creciente conforme nos acercamos a nuestra data, todas las ciencias han enriquecido su contenido real y han ganado en complejidad y profundidad. Se plantea entonces un problema de economía, de *administración en el impartir de esos saberes*; en definitiva, un problema de escoger. ¿Con qué criterio ha de hacerse esa selección? Parece que se ofrecen dos posibles caminos: o una selección de los hechos fundamentales, lo que convertiría la enseñanza en una seca enumeración; o, al revés, tratar precisamente en lo educacional de abrir las ventanas del espíritu que se está modelando a esas riquezas de complejidades de los hechos, que son las que, en definitiva, ordenan la trama de la vida y de la realidad. La inquietud que se registra en las revistas especializadas parece indicar que es esta última tendencia la que tiene más posibilidades de imponerse.

En ese caso, y aplicando esas ideas generales al problema que nos atañe, estimamos que debe adoptarse el criterio eurocéntrico: por su mayor claridad didáctica, por corresponder con la realidad histórica. Ese criterio debe matizarse, en parte, porque nos aproximaremos más fielmente a la verdad. A la vez que asistimos a la historia de la expansión europea en el mundo (no conviene olvidar, sino al contrario insistir de manera especial en la decisiva aportación española a este proceso) estamos tratando de la incorporación de diversos pueblos y culturas a la común Historia. Se atiende así al fomento de la comprensión internacional, tarea educacional que cada día se presentará como más urgente y necesaria. En ese sentido, el estudio de este capítulo de la historia humana puede resultar singularmente provechoso.

Lo que ofrece una serie de dificultades didácticas de primer orden es presentar el proceso en toda su complejidad. En último término, la adopción del criterio depende del rumbo futuro que adopte la didáctica de la Geografía y de la Historia. En el estado actual de la enseñanza no hay más remedio que reducir drásticamente el proceso a los grandes nombres. Pero si los didactas de la Geografía y de la Historia *creen*—como confiamos—a darse cuenta del valor formativo de ambas disciplinas, y hacen una poda inteligente en el contenido a impartir, reduciéndolo entonces a los temas que de verdad pueden interesar para la formación del escolar, éste que nos preocupa es uno de los que se enseñarán. La sucesiva ampliación de la escena histórica es uno de los fenómenos subyacentes en el amplio proceso de la Historia general. Explicar el proceso de esa ampliación del espacio geográfico, con las consiguientes implicaciones de Geografía e Historia, puede resultar muy revelador. Por el momento, el maestro prede auxiliarse, para que en el ánimo del escolar quede sutilmente prendida la complejidad de este tipo de hechos, de alguna lectura bien elegida que se preste a una serie de comentarios que tengan la doble virtud de ser amenos y sugeridores.

Lo que sí hay que incorporar de estos nuevos criterios es el hecho geográfico en sí: lo que hay de

ampliación del horizonte geográfico en el proceso de descubrimientos y conquistas. Basta con un *mapamundi* en el que con tiza puedan tratarse las etapas del conocimiento de la Tierra por el hombre, el sucesivo ensancharse del escenario de la Historia.

Hay mucho de aventura en esta empresa humana. Lo que hay de aventura—mágica palabra en la imaginación del escolar—puede explotarse didácticamente con éxito. Las lecturas bien elegidas pueden revelarles a los chiquillos que un Bernal Díaz, por ejemplo, tiene una gran calidad de emoción e interés. Alguna vez en mis clases, y a título de experiencia, he explicado con detalle la primera vuelta al mundo, o la conquista de Méjico por Cortés, o la del Perú por Pizarro. En las caras de los alumnos he percibido una gran expectación. Cuando he preguntado la lección me he encontrado con la sorpresa de que se acordaban de todas las incidencias, que lo relataban como un maravilloso cuento real.

En segundo curso de bachillerato la última lección del cuestionario a la sazón vigente se titula *Las grandes etapas del descubrimiento de la Tierra*. El alumnado de ese curso tiene una edad entre los once y los doce años; un promedio semejante al de la población escolar, que en muchas escuelas españolas recibirá de su maestro una clase sobre el mismo proceso. Permitásemos terminar, en razón de esa similitud de edad, refiriendo mi experiencia didáctica de esa lección.

Al abordar ese tema suelo recurrir a la experiencia del propio chiquillo. “Un día, de pronto—les he dicho—, un día que quizá no podáis fechar con precisión, cuando teníais tres o cuatro años, os habéis dado cuenta de vuestra casa. Habéis descubierto la cocina, el pasillo, el dormitorio de vuestros padres. Otro días, la escalera, la puerta de vuestra casa. Han pasado unos meses y sabéis ya que vuestra casa está en una calle que lleva a una plaza, que es muy grande, con una estatua en medio. Empezáis a ir a la escuela, y con vuestros nuevos amigos vais descubriendo el pueblo, la ciudad: calles, plazas, soportales, esquinas, edificios, la estación. Habéis viajado con vuestros padres, con la nariz pegada en la ventanilla, y habéis palmoteado y gritado jubilosamente vuestros sucesivos descubrimientos: una vaca, una casa. Estáis sencillamente descubriendo el mundo. Si ahora volvéis al pasillo de vuestra casa natal, os encontraréis con la sorpresa de que no es tan grande como figuraba en vuestro recuerdo. Una cosa así fue también el descubrimiento de la Tierra. El hombre empezó por un pasillo: el Mediterráneo oriental...” El descubrimiento de la Tierra por el hombre y el del mundo circundante por el propio chiquillo tienen una serie de puntos de contacto que pueden ser didácticamente útiles.

J. M. P.

BIBLIOGRAFÍA. No existe ningún manual de Historia de los descubrimientos geográficos escrito por un español, lo que es una pena, porque en los manuales al uso nuestra aportación está desvirtuada y en muchos casos ignorada. Citaremos los mejores (los últimos, por contar con una traducción y ser accesibles): BAKER, J. N. L.: *Histoire des découvertes géographiques et des explorations* 1.ª ed. en inglés, 1931, París, 1949; LE GENTIL, GEORGES: *Découverte du Monde*. P. U. F., París, 1954; PARIAS, L. H.: *Histoire Universale des explorations*, 4 vols., Nouvelle Librairie de France, París, 1957; KRETSCHMER, K.: *Historia de la Geografía*, Barcelona, 1926, Labor (se ha reeditado varias veces); TREUE, WILHELM: *La conquista de la Tierra*, 2.ª ed., Barcelona, 1957, Labor. (Puede utilizarse para lecturas); PARRY, J. H.: *Europa y la expansión del mundo*: Breviarios del Fondo de Cultura Económica, núm. 60, Méjico, 1952 (Muy interesante vista de conjunto). Para subrayar la aportación española: MELÓN Y RUIZ DE GORDEJUELA, AMANDO: *España en la historia de la Geografía*, en *Estudios Geográficos*, IV, número 11, Madrid, págs. 195-233 (mayo 1943). Como lecturas pueden emplearse la antología de DANTIN CERECEDA, JUAN: *Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos*, Biblioteca Literaria del Estudiante, número XVII. Junta para Ampliación de Estudios, Madrid,

1934 (ha sido vuelta a reeditar por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Tiene la ventaja de que hay abundantes comentarios y mapas hechos por DANTIN, que pueden ser muy útiles para lo que hemos indicado en el artículo). Puede resultar provechoso con esta fi-

nalidad el libro de LUMMIS, CHARLES F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI*, 6.ª ed., Araluce, Barcelona, 1924. Existen numerosos atlas históricos. Por asequible y claro puede el de VICENS VIVES, JAIME: *Atlas de Historia Universal*, Teide, Barcelona, 1957.

PAISAJE Y GEOGRAFIA

Por **Eduardo VALDIVIA**

Catedrático del Instituto de Ceuta (Cádiz).

EL considerar a la Geografía como "ciencia que estudia el paisaje" es algo que cada día va teniendo más partidarios. Para algunos incluso bastaría esta sencilla definición para nuestra ciencia. Otros se preocupan de profundizar más, de añadir distintivas; pero lo cierto es que en la mente de todos, los conceptos de "paisaje" y "geografía" aparecen íntimamente unidos.

Definir es siempre difícil; pero desde los tiempos modernos, con la aparición de las especializaciones, que han seccionado ramas de lo que tradicionalmente formaba parte de una ciencia determinada y han creado otras, más o menos afines, la dificultad ha crecido considerablemente. Es un verdadero problema decir a veces qué es lo que caracteriza exactamente a una ciencia y en qué se diferencia de las demás.

Un concepto vulgar de la Geografía la identifica con la ciencia que estudia la Tierra, para algunos simplemente que la describe; pero todo esto es tan amplio que equivale casi a no decir nada. La Tierra es estudiada por muchas ciencias diferentes, cada una en un aspecto distinto o parcial; dejar para la Geografía el conjunto, o nos llevaría a considerarla con un objeto enormemente grande o simplemente como un arte de compendio y divulgación.

Prescindiendo de la significación etimológica de la Geografía, que carece de todo valor científico, encontraremos, desde los tiempos más antiguos, dos direcciones: la utilitaria y la científica, y aún podríamos añadir la artística, que la considera como el arte de la descripción de tierras y costumbres.

En sentido científico trabajaron los griegos, muy influidos por el método matemático, llegando incluso a tener noticia de la Geografía comparada, pero quizá por lo limitado de su campo de acción carecieron de visión general. Después de ellos, si por una parte continuaron los descubrimientos, se obscurecieron los estudios geográficos hasta el Renacimiento, cuyos hombres se interesaron grandemente por las descripciones de la Tierra y de los viajes. En el siglo XVII Varenius se preocupa de estu-

diar en la Geografía la interdependencia de unos factores con otros. La aparición en 1650 de su *Geografía General* supone un gran paso para el concepto científico de esta ciencia, pero, a pesar del aprecio de Newton, la obra permaneció casi desconocida.

Después de Varenius, un nuevo obscurecimiento, hasta que en el siglo XIX podemos considerar que nace la Geografía moderna.

Son Humboldt y Ritter los primeros para quienes la Geografía deja de ser una ciencia descriptiva, pero la consideran con un objeto demasiado amplio. Su método es plenamente científico: les preocupa, sobre todo, el problema de la causalidad; pero su objeto, como indicábamos al principio, desmesurado: sencillamente, una ciencia general de la Tierra, englobando en su seno tanto las ciencias geográficas como las no geográficas. Esta diversidad aparece en sus mismas profesiones: Humboldt es un biólogo, Ritter un historiador, para quien la Geografía es simplemente una ciencia auxiliar. Según él mismo nos dice: "No será cosa inútil estudiar en interés de la historia del hombre y de los pueblos el teatro de su actividad en la Tierra".

Grande fue la importancia de esta escuela; citaremos sólo, entre sus seguidores, a Barth, Pechel y Ratzel.

En 1883 Richtofen definía la Geografía como "ciencia de la superficie de la Tierra y de los fenómenos que están en relaciones mutuas de causalidad con ella". Definición que, aunque algo limitada, continúa teniendo un objeto demasiado amplio.

Esta amplitud, y el no haber comprendido su cambio de método, ha hecho que para muchos carezca de carácter científico; la Geografía es atacada como ciencia, y para mayor desconcierto, a partir de este momento, aun antes de haber terminado de definir su objeto, se ve desmembrada en su mismo seno por la especialización: se empieza hablando de Geografía humana, física, política, etc., coincidiendo, además, con los primeros roces que se